

José Joaquín Blanco



*El Castigador*



Ediciones Era

# Índice

•

El Castigador • 9

La búsqueda • 81

El estanquillo • 87

La bondad del hombre lobo • 96

El manglar • 112

Melba y la suicida • 125

Bernal y Beatriz • 140

# El Castigador



*A Manuel Fernández Perera*

"¡Oh Soberana, te saludamos!... ¡Perra, puta, horror de horrores, te conjuro; te invoco: pesadilla de ojos de pus, hongo podrido, babeante putilla del infierno, diosa!...

Dígnate mirarnos con benevolencia, pues te hemos entregado nuestras mejores ofrendas. Si la ofrenda impura te aplaca, ayúdanos. Si el alimento sórdido te calma, socórrenos, te lo suplicamos. ¡Ayúdala, a ella, a la Despreciada, a La Que Languidece! Ella gime de amor por un muchacho que no la desea.

¡Ayúdala, como puedas, sea como sea! ¡Yo te conjuro! Atórméntalo en el centro mismo de su carne, al Ingrato, al Que No Quiere, hasta que venga a ella, a buscarla en su propia cama, sin que siquiera él mismo se dé cuenta; suavízale el cuello al muchacho díscolo, cuando ella lo toque con sus manos; deja que ella aplaque sus ansias con el espeso aroma de la juventud del muchacho, por quien suspira!"

THOMAS MANN, *José en Egipto, II*

1

YO TAMBIÉN fui joven y galán, sano, deportista. ¿A poco cree que nací así como estoy? Como te ves me vi, como me ves te verás. Así que no me haga esa carota de fuchi, de "ya me cayó el chahuixtle, pinche viejo roñoso: ya vienes otra vez a pegarme tus pulgas". Como me ves te ve-

rás. Pues miren nomás a éste, se cree un príncipe, un rey: A ver, mi rey, ¿a qué sabe codearse con los feos, con los chimuelos, los viejos? Y yo ni tan viejo. Y viejos los cerros. Qué cincuentón ni qué las garnachas. Cuarentón nomás.

Éste es el verdadero lado de la vida; allá en la juventud sólo se está un ratito. Hay que irse acostumbrando, mi jovenazo, para que luego no sufra tanto. Allá en la juventud sólo se está un ratito y luego se vuelve uno el perro apaleado de siempre. Cada vez más apaleado y cada vez más viejo. Déme un traguito, ándele, no sea díscolo. Al fin y al rato, en unos días, vienen sus padres de usted y lo sacan rapidito de aquí, como en alas de paloma.

No haga cara de asco, jovenazo: no le voy a babear la botella, ni siquiera la chupo. Tomo de a chorrito, mire usted. Un chorrito, así, mi amigo, ¿no que no?, ni salpico ni nada: ¿en qué nos quedamos ayer?

Ah sí, lo de la unidad. Me decían El Castigador. Qué jijo apodo cábula. Pinches cábulas: que porque yo me sentía muy acá con las viejas, muy guapo, muy castigador. Me lo pegaron desde escuinclito, y luego ya ni cómo quitarse el pegoste. Ahora que usted salga, si un día anda por Iztacalco, por las calles de Avena, Resina, Centeno, Chicle, nomás pregunte por el Castigador. Ya verá cómo se acuerdan de mí. Mire, así era yo de chamaco. Tendría yo unos quince años. Galán, ¿no?, el Castigador. Estaba en la Cohorte de la Juventud Mexicana, una especie de pentatlón, donde uno podía hacer todos los deportes. Más el básquet, nada como el básquet.

Había una cancha de básquet en la Unidad Habitacional Garrido Canabal. Yo no vivía ahí, ¿verdad?, nomás por ahí la giraba. Era de la banda de Los Chacales. Nos pusimos así, "Chacales", para meterles miedo a los cerdos. Y

los Chacales nos la pasábamos en la Unidad Habitacional Garrido Canabal. Yo no vivía en la unidad, claro, pero nos querían en la unidad, como que los protegíamos, ¿no? Porque cuando hicieron la Unidad Garrido Canabal todo por ahí eran puros llanos y ciudades perdidas, así les dicen: ¿cuál perdidas, pregunto yo, si ahí están? ¿Cómo se va a perder una ciudad?, ¿no le digo que no hay nadie en sus cabales en este pinche país? Ciudades perdidas: perdidos, mis huevos.

Y la Unidad Garrido Canabal, como eran multifamiliares del gobierno, parecía de puro lujo. Hasta los sacaron en el cine, los usaron en las películas esas, en blanco y negro, de los rebeldes sin causa. Todos los chavos con moto y chamarras de cuero; las chavas con pantalones entallados o faldas de crinolina, y peinados así cortos, con muchos rizos, tiesos, teñidos bien rubios o bien azabache, de salón, con diademas de plástico, así se usaba. Hace poco se cayó todita la unidad con el temblor. Duró ¿qué? menos de treinta años. Cuando el temblor, ya de cualquier manera parecía un vejestorio, se hubiera caído de todos modos. Pero al principio no, fue de las primeras unidades habitacionales bien modernas que se hicieron en México. La inauguró el presidente y se veía toda moderna con sus jardines y su cancha de básquet.

Era para puros burócratas y ya ve que todos los burócratas, aunque sean gatos todos se sienten muy padrotes, se sienten muy jefes. Y sentían que la plebe, los cavernícolas, los que vivían antes ahí y se fueron todos ardidos, y los que nomás se hicieron a un lado, iban a asaltarlos. Como si sus pinches departamentitos fueran residencias y sus carcachas, cadillacs y mercedes del año.

Entonces los burócratas querían que los Chacales los defendiéramos. Digo, porque no tenían la conciencia tran-

quila. El gobierno había corrido a la gente que tenía ahí sus casitas o lo que fuera, de palos o de lo que fuera. A los que vivían ahí los corrieron para hacer la unidad, ¿no? Y también corrieron a la gente de los alrededores para que no ensuciaran la vista. Y luego les vendían a los burócratas los departamentos en facilidades. Mil años para pagar. Y los periódicos decían que ni siquiera pagaban, que puros recomendados del gobierno, de los políticos, de los sindicatos.

Entonces a la gente de por ahí, como que la sentían ardidada. Aunque los burócratas decían que les estaban haciendo el bien a los pobres, porque les daban trabajo de sirvientas y de plomeros, y les compraban tamales. Pero bueno, je, como que esperaban la venganza de los cavernícolas: que los fueran a asaltar, a desmantelar sus coches. Entonces nos querían mucho a los Chacales y nos dejaban jugar en su cancha de básquet y todo. Y el Castigador para acá y el Castigador para allá. No salíamos de la unidad, como estaba nuevecita.

Sobre todo las señoras. Se sentían bien seguras con los Chacales. Los señores eran más mamones, ¿no?, como licenciados, con su traje y su loción y su portafolios. Y los jóvenes de nuestra edad, peor, éstos eran estudiantes: éstos no jugaban básquet con nosotros, casi ni jugaban nada, se la pasaban que en el Poli, que en CU, que en lugares más bonitos. Hasta nos veían mal: que éramos vagos. Cuidaban a sus hermanas como si lo tuvieran de oro. Bien apretadas también las hermanas.

Pero las señoras no, que eran las que estaban ahí todo el tiempo, ésas sí querían a los Chacales: ¿para qué tenernos en contra si podían tenernos de su parte? Más vale mal amigo que buen enemigo, ¿no?, como dice el dicho. "Ay, muchachos, no sean así, no digan malas palabras, no